

LA VALIDEZ DE LAS ENSEÑANZAS DE TUCÍDIDES EN EL SIGLO XXI

Samuel MORALES MORALES



UIENES no conocen el pasado están condenados a repetirlo», advirtió el filósofo estadounidense nacido en España George Santayana. Por ello, historiadores, políticos, diplomáticos, especialistas en relaciones internacionales y periodistas expertos citan cada vez con más frecuencia la llamada «trampa de Tucídides», refiriéndose con ello a la tensión estructural letal que se produce cuando una potencia nueva reta a otra establecida, que crea las condiciones para que estalle una guerra. La creciente rivalidad estratégica entre China y Estados Unidos ha servido para que este concepto haya cobrado renovada actualidad.

El ateniense Tucídides, padre de la historiografía científica y de la escuela del realismo político, fue el primero en describir este fenómeno en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* (siglo V a. de C.):

«Fue el ascenso de Atenas y el temor que eso inculcó en Esparta lo que hizo que la guerra fuera inevitable». Desde entonces la expresión «la trampa de Tucídides» hace referencia a situaciones en que una potencia global hegemónica se enfrenta a la competencia de una emergente, terminando en la gran mayoría de los casos en guerra entre ambas, especialmente cuando alguna de ellas sufre divisiones internas en su sociedad, las cuales son explotadas por aquellos que incitan contra el enemigo externo para obtener ganancias políticas.

Tucídides estudia la influencia de la tribuna, el carácter de las asambleas populares, la índole de los tribunales en Grecia e investiga los móviles de las acciones humanas por el carácter de las personas o por la especial situación en que se encuentran; de esta manera, su obra presenta otras muchas enseñanzas en diversos órdenes, cuya potencial utilidad ya anticipó el propio autor al afirmar que su verdadero valor consistía en que la gente pudiera usarla y entender



Tucídides.

los acontecimientos pasados que con seguridad se repetirían en el futuro.

Así, en este documento se intenta responder, de forma subjetiva, a cuestiones tales como: ¿qué podemos aprender de un historiador que vivió hace 2.500 años? ¿Se puede evitar un conflicto cuando un poder emergente desafía la supremacía de una potencia dominante? ¿Qué tipo de fuerzas influyen en la sociedad, dan lugar a una crisis, condicionan a los políticos y permiten alcanzar una solución?

Una breve aproximación a la Guerra del Peloponeso

El resultado final de la Guerra del Peloponeso se debió, básicamente, a la capacidad de la Atenas marítima de aplicar presión en tierra a la Esparta continental, y a la de

la Esparta en amenazar a Atenas en el mar. Según Collin Gray, el conocimiento de los asuntos griegos en el siglo V a. de C. sugiere que, aunque la rivalidad entre Atenas y Esparta era inevitable, probablemente hubiera podido evitarse una gran guerra. También parece razonablemente obvio que cualquier parte hubiera podido ganar. En realidad, ambas vencieron en fases diferentes de la contienda.

La Esparta continentalista, en su intento de reducir a una Atenas cuya estrategia no podía ser sometida de forma tangible, tuvo que hacer frente a problemas geoestratégicos que durante décadas permanecieron insolubles. La forma tradicional de hacer la guerra de la Esparta continentalista no tuvo éxito ante una Atenas que había llegado a ser un imperio comercial marítimo, que protegió su acceso al mar en el puerto de El Pireo y que pudo sobrevivir al saqueo de sus tierras de cultivo en Ática.

Atenas decidió salvaguardar su imperio marítimo a costa de sus conquistas continentales más recientes. La así llamada Primera Guerra del Peloponeso

finalizó en el año 445 a. de C. en unas condiciones que equivalían a la aceptación espartana del imperio marítimo de Atenas y a la renuncia por parte de esta de su imperio continental.

La estrategia de Pericles iba a sobrevivir a la espartana de saqueos a tierra, realizando incursiones desde el mar contra los intereses costeros más vulnerables de Esparta. Un contemporáneo de estos acontecimientos expresó así la idea dominante: «Una potencia que predomina en la mar puede hacer ciertas cosas que una potencia terrestre no puede hacer, como, por ejemplo, saquear el territorio de alguien más fuerte, puesto que siempre es posible costear hasta cierto lugar, en donde no haya fuerzas hostiles a las que hacer frente o únicamente una pequeña parte de ellas» (1).

Pericles ha sido muy atacado a lo largo de la historia por ceñirse a una estrategia de presión periférica que no consiguió producir daños de intensidad decisiva a Esparta y a sus aliados. En otras palabras, había diseñado una estrategia para que Atenas no perdiera, pero no para que ganara.

A partir de 427 a. de C. la política de Atenas dirigida por Cleón cambió a favor de una ofensiva en contra de los recursos e intereses espartanos. Su estrategia era la de conquistar y retener, o bien amenazar, los intereses espartanos alejados del Ática, desviando así su poder terrestre para evitar que pudiera invadir a voluntad el territorio ateniense. En principio la nueva teoría parecía buena y llevó a creer a los atenienses que podían competir en tierra, además de por mar, lo que produjo un sobredimensionamiento en tierra y un estancamiento que crearía las condiciones para la Paz de Nicias.

En 415 a. de C., Atenas despachó una gran fuerza para someter a Siracusa y pasar a dominar toda Sicilia, que se perdería en su totalidad en el año 413. Que una poderosa flota de la mejor armada del mundo permitiese que la bloquearan y, eventualmente, derrotasen en las confinadas aguas del puerto de Siracusa era un resultado impensable para el enemigo. Parece ser que los siracusianos, basándose en lo hecho anteriormente por los corintios, reforzaron el tajamar en la proa de sus buques, una decisión que les dio una ventaja crucial sobre los atenienses en el enfrentamiento proa con proa a que obligaban las cerradas aguas al puerto de Siracusa.

Estimulados por esta derrota, los persas dieron a Esparta el dinero necesario para construir y reconstruir varias veces una flota capaz de desafiar el dominio de Atenas en el mar, cuyo centro de gravedad estratégico era el suministro marítimo de grano desde Crimea; así que Esparta perseveró en disputar el tránsito de grano ateniense por el desfiladero marítimo de los Dardanelos, el punto focal, hasta que finalmente, en 405 a. de C., fue capturada la última flota de Atenas.

(1) Pseudo-Xenophon, citado en SCOTT FERGUSON, William: *Greek Imperialism*. Houghton Mifflin, Boston 1913.

Para que Esparta pudiera llegar a tener éxito, Atenas tuvo que ser diezmada por una plaga, sufrir pérdidas irreparables en hombres y prestigio en su expedición a Sicilia y, tras haberse recuperado parcialmente de estas calamidades, cometer errores irreparables en forma de falta de atención hacia su campaña naval por el control de los Dardanelos.

El historiador de la Universidad de Yale Donald Kagan, especializado en la historia de Grecia y conocido por sus cuatro volúmenes de la Guerra del Peloponeso, al escribir sobre los años 410 y 400 a. de C. afirma:

«Para ganar, cada uno de ellos tenía que adquirir la capacidad de combatir y ganar en el terreno favorito del otro. La derrota ateniense en Sicilia dio a los espartanos la oportunidad de ganar, aliándose con Persia. Tras muchos fracasos ganaron la guerra tras derrotar a la flota ateniense. No había otra forma de ganar. Para alcanzar una victoria de verdad, no el anquilosamiento de Pericles, los atenienses debían haber encontrado la forma de derrotar a los espartanos en tierra.»

Teniendo en cuenta la característica falta de excelencia estratégica en la forma espartana de guerra y arte de gobierno, así como la gran fortaleza económica de Atenas, sorprende de alguna manera que Esparta emergiera como el claro vencedor de la Guerra del Peloponeso. La explicación subyace en la escala de incompetencia con la que Atenas llevó a cabo su expedición a Sicilia, en la disponibilidad y capacidad persa de financiar a una Esparta protectorado y a las dispares cualidades de los líderes con las que los rivales fueron alternativamente bendecidos y maldecidos durante esos años.

En gran medida, fueron esos errores políticos, estratégicos y tácticos de los atenienses los que cambiaron la perspectiva espartana de alcanzar la victoria. En la década siguiente, como resultado del oro persa, la extenuación ateniense y una gran estrategia marítima orientada convenientemente, Esparta derrotó a su gran rival. Sin embargo, el hecho de que fuese una potencia terrestre no debería oscurecer la importancia de encontrar una solución naval al problema estratégico impuesto por la Atenas imperial marítima.

Tucídides o una nueva forma de hacer historia

Tucídides es un ateniense contemporáneo de Sócrates, un hombre de armas, un político en el exilio y un profundo observador de los acontecimientos de su tiempo que abre a la historia nuevo camino. Antonio Alegre Gorri, profesor de Historia de la Filosofía Griega en la Universidad de Barcelona afirma que los historiadores anteriores pintaban las cosas y narraban los sucesos que herían los sentidos, el aspecto de las comarcas, las especiales costumbres de los pueblos, los monumentos, las expediciones guerreras, haciendo intervenir en el destino de naciones y príncipes un poder sobrenatural.

Sin embargo, Tucídides estudia la influencia de la tribuna, el carácter de las asambleas populares, la índole de los tribunales en Grecia, e investiga los móviles de las acciones humanas, por el carácter de las personas o por la especial situación en que se encuentran. El conjunto de su historia es una sola acción, un drama histórico, un gran pleito, en el que son partes las repúblicas beligerantes y se litiga la soberanía de Atenas en Grecia. Así, su obra muestra las preocupaciones atenienses y espartanas sobre las alteraciones en el equilibrio de poder.

Tucídides, que inventa este género de historia, es también quien lo comprende y determina con mayor claridad y fijeza. Escribe la historia de la guerra del Peloponeso, no la de Grecia en este período, y todo cuanto de los asuntos interiores y exteriores de los Estados no atañe a esta gran lucha queda excluido de su libro, pero incluye en cambio lo que puede afectar a la guerra, suceda donde suceda.

La sociedad, el *ethos* y otros factores condicionantes

Dos aspectos destacan en la obra de Tucídides al analizar la importancia de aspectos como la cultura, la historia o lo que la propia sociedad tiene en la defensa de sus intereses. Por una parte, su fortaleza ante los diferentes acontecimientos, eso que hoy en día denominaríamos la resiliencia social, es reconocida al afirmar que «los hombres son la ciudad y no los muros, ni menos las naves sin hombres».

Por otra parte, las causas mueven la acción política: «Ninguna cosa hicimos de que os debáis maravillar, ni menos ajena de la costumbre de los hombres, si aceptamos el mando y señorío que nos fue dado, y no lo queremos dejar ahora por tres grandes causas que a ello nos mueven, es a saber, por la honra, por el temor y por el provecho».

Un aspecto sobrecogedor se presenta al hacer referencia al contraste entre las amenazadoras palabras de los atenienses y las alternativamente valientes, esperanzadas y desesperadas de los melienses:

«Ya vemos que solo vosotros estimáis, por vuestro propio parecer y mal consejo, las cosas venideras por más ciertas que las presentes que tenéis a la vista, y os parece que lo que está en mano y determinación de otro, lo tenéis ya en vuestro poder como si estuviese hecho. Os ocurrirá, pues, que la gran confianza que tenéis en los lacedemonios y en la fortuna, fundando todas vuestras cosas en esperanzas vanas, será causa de vuestra pérdida y ruina.»

En este discurso Tucídides nos muestra la necesidad de mantener expectativas realistas en situaciones de crisis. Los melienses, con la justicia de su parte, tomaron la errónea decisión de enfrentarse a los atenienses. Mientras que los

espartanos no acudieron en ayuda de los melienses, como habían anticipado los atenienses, lo que les llevó a pagar sus ilusiones con su propia existencia.

La guerra como herramienta de los imperios

Las enseñanzas de Tucídides con respecto a la guerra son variadas y abarcan diversos ámbitos. Así, en una primera aproximación a su propia declaración, afirma:

«Antes de comenzar la guerra pensad cuán grande es y de cuanta importancia; y los daños y peligros que os pueden seguir, porque en una larga guerra hay muchas fortunas y azares de que al presente estamos libres unos y otros, y no sabemos cuál de las dos partes peligrará. Ciertamente los hombres muy codiciosos de declarar la guerra hacen primero lo que deberían hacer a la postre, trastornando el orden de la razón, porque comienzan por la ejecución y por la fuerza, que ha de ser lo último y posterior a haberlo muy bien pensado y considerado; y cuando les sobreviene algún desastre se acogen a la razón.»

Argumentación que refuerza posteriormente al afirmar que «... hay dos cosas muy necesarias para la guerra, el orden para saber prevenir y evitar los peligros, y el esfuerzo y osadía para poner en ejecución lo que la razón y discreción les mostrase».

La prevención de los peligros venideros es una constante en la obra de Tucídides: «No olvidéis que lo mejor que un hombre puede hacer es prever el peligro antes que venga, como si lo tuviese delante»; aspecto que también proporciona una variada argumentación a favor de la guerra de carácter preventivo, basada en el previsible desarrollo de los acontecimientos y su influencia sobre los intereses propios y también sobre el empleo de alianzas con otros aliados en el ámbito de la seguridad: «Y si alguno hay entre vosotros que piense que el mal que ocurriese al otro, no siendo su vecino cercano, está muy lejos de él, que no le podrá tocar el mismo daño y desventura, y que no es él de quien los atenienses son enemigos, sino solo los siracusanos, siendo, por esto, locura exponer su patria a peligro por salvar la mía, le digo que no entiende bien el caso, y que ha de pensar que defendiendo mi patria defiende la suya propia tanto como la mía, y que tanto más seguramente, y más a su ventaja lo hace teniendo en su compañía antes que yo sea destruido y pueda mejor ayudarle».

Al referir la arenga de Hipócrates, capitán de los atenienses, antes de emprender la campaña contra los beocios, añade: «No imaginéis que con causa injusta venís a poneros en peligro en tierra ajena; porque la guerra que hacemos en ésta es por seguridad de la nuestra, y si somos vencedores, no volverán jamás los peloponesios a acometernos en nuestro territorio».

Por otra parte, Tucídides también advierte de los riesgos que conlleva la búsqueda de la batalla decisiva, elemento característico del pensamiento de Mahan: «... no se debe aventurar todo en una batalla, aunque estuviese segura la victoria y dispuestas todas las cosas necesarias para alcanzarla. Con mayor motivo no estándolo, ni siendo la batalla necesaria».

Esta advertencia la sustenta en la conciencia de la incertidumbre que se cierne sobre el resultado final del combate, incluso en las condiciones más favorables: «Mas los atenienses, que aquí os halláis, gente curtida y experimentada en lances de guerra, y vosotros también nuestros aliados y confederados, debéis considerar que los fines y acontecimientos de las guerras son inciertos, y que la fortuna es dudosa, pudiendo ser ahora favorable a nosotros como antes lo fue a ellos».

Pero sus enseñanzas no solo abordan temas generales, sino que proporcionan también un magnífico ejemplo de lo que hoy en día conocemos como *mission command*. Así, al narrar los preparativos de la Armada ateniense al aparejarse para el viaje a Sicilia, expone:

«El pueblo les otorgó la ayuda de sesenta naves que pidieron y gran número de gente de guerra, y nombraron tres de los principales de la ciudad por caudillos de aquella armada, que fueron Alcibíades, hijo de Clinias; Nicias, hijo de Nicérato, y Lámaco, hijo de Jenófanes, con pleno poder y autoridad bastante; a los cuales encargaron que primeramente socorriesen a los egestenses contra los selinuntios; después, si viesen sus cosas prósperas, procurasen restituir a los leontinos en su Estado, y finalmente, que en tierra de Sicilia hiciesen todo aquello que consideraban convenir al bien y aumento de la república de los atenienses... Díjoles que también era necesario que los capitanes que eligiesen, siendo pocos como arriba es dicho, tuviesen poder y autoridad bastante en las cosas de guerra para hacer todo aquello que les pareciese necesario y conveniente para bien y pro de la república.»

El componente pasional del conflicto también es referido de forma constante por Tucídides en su narración, tanto con cariz preventivo a la hora de tomar decisiones —«sabéis bien que las cosas que se hacen por pasión y afecto las más de las veces no salen tan bien como aquellas que se ejecutan por razón y maduro consejo»— como en el impulso y decisión que puede llegar a transferir a nuestros adversarios —«es imposible y fuera de razón creer que cuando el hombre está estimulado por una impetuosa inclinación a hacer una cosa, se le pueda apartar de ello por la fuerza de las leyes ni por otra dificultad»—; incluso sirviendo como catalizador de las acciones: «Cualquier hombre que se ve injuriado y ultrajado por otro sin razón, si escapa de las manos de su contrario, toma de él más cruel venganza que tomaría de un mortal enemigo».

Finalmente, en la carta de Nicias a los atenienses informando sobre el desarrollo de la campaña en Sicilia, Tucídides reseña un aspecto muy común en las sociedades que no están imbuidas de una verdadera cultura de seguridad que les permita hacer frente a los desafíos que presentan los adversarios: «Os podría escribir otras cosas más apacibles y agradables, pero no tan útiles y necesarias para vosotros si queréis poner atención en ello, cosa que dudo en gran manera, porque conozco muy bien vuestra condición y sé que oís de buena gana cosas placenteras, pero cuando el caso es distinto de lo que pensabais, echáis la culpa a los capitanes que tienen el mando».

El valor de una potencia naval

El valor estratégico del mar es una constante a lo largo de toda la obra y es considerado un elemento fundamental: «Si permitía que una de las partes fuese vencida y que la otra tuviese señorío en la mar y en la tierra, no hallaría quien le ayudase contra ella, si le quería hacer mal». Así, ya en el discurso de los embajadores atenienses en el Senado de los lacedemonios defendiendo su causa se afirma:

«Viéndose claramente en esto que las fuerzas y el hecho de toda Grecia consistían en la armada naval; socorrimos con tres cosas, las más útiles y provechosas que podían ser, a saber, con gran número de naves, con un capitán sabio y valeroso, y con los ánimos osados y determinados de muy buenos soldados; porque teníamos cerca de cuatrocientos barcos que eran las dos terceras partes de la armada de Grecia, el capitán fue Temístocles, el principal autor del consejo de que la batalla se diese en lugar estrecho; y esto sin duda fue el valor de la salvación.»

El valor del mar es referido contantemente y quizás sea en el discurso de Pericles en loor de los muertos dónde de forma más clara queda expresada su importancia: «Solamente nos conviene amonestar y avisar a aquellos que habitan la tierra firme lejos de los puertos, donde se hacen las ferias y mercados, que será bien sepan y entiendan que, si ellos no dan ayuda y socorro a los que moran en la costa, el trato y comercio de sus bienes y mercaderías les será muy difícil, y lo mismo el retorno de aquello que les llega por mar».

Este argumento fue mantenido por Pericles, que conoció y entendió muy bien las fuerzas y poder de la ciudad, enseñanzas que fueron mantenidas incluso después de su muerte: «siempre les dijo que alcanzarían la victoria en aquella lucha si se guardaban de pelear con los enemigos en tierra, empleando todo su poder por mar, sin procurar adquirir nuevo señorío, ni poner la ciudad a peligro, todo lo cual hicieron al contrario después de su muerte».

Esparta comprendió muy pronto la importancia del comercio marítimo para la continuidad de su imperio; así, en el discurso y proposición de los corintios en el Senado de los lacedemonios ante todos los confederados y aliados para persuadirles de la necesidad de la guerra contra los atenienses, Tucídides refiere: «Solamente nos conviene amonestar y avisar a aquellos que habitan la tierra firme lejos de los puertos, donde se hacen las ferias y mercados, que será bien sepan y entiendan que si ellos no dan ayuda y socorro a los que moran en la *costa*, el trato y comercio de sus bienes y mercaderías les será muy difícil, y lo mismo el retorno de aquello que les llega por mar».

La importancia concedida al dominio marítimo por parte de los lacedemonios significó un punto de inflexión en la Guerra del Peloponeso, así lo advirtió Cnemo en el discurso a sus capitanes:

«Si algunos de vosotros, varones lacedemonios, temen la batalla, que esperamos, por razón de la pasada que perdimos, no tiene justa causa de temor, porque nuestros aprestos de guerra no eran entonces tal cual convenía, no pensando combatir por mar, ni nuestra navegación era sino para pelear con nuestro ejército en tierra, de donde nos sucedieron los inconvenientes que visteis, que no fueron pequeños por mala fortuna, y puede ser que por ignorancia, pues era la primera vez que combatíais en el mar.»



Discurso fúnebre de Pericles. (Foto: www.wikipedia.org).

Finalmente, es necesario reseñar la peculiaridad del combate naval, del que Pericles ya reseña que «no basta ejercitarse por algún tiempo; antes para saberlo y aprender bien, conviene no ejercitarse en otra cosa»; esto fue utilizado por Formión en su discurso y exhortación a los capitanes atenienses:

«Vienen confiados en una sola cosa, como si en ésta conviniese poner toda su esperanza, es, a saber, en la gente de a pie que tienen, con la cual muchas veces han conseguido la victoria en tierra, pensando que será lo mismo por mar, en lo cual se engañan; porque si en la manera de guerrear en tierra ellos tienen algún arte, nosotros la tenemos mucho mayor en pelear por mar. En tener buen corazón ningunas ventajas nos llevan, que tan iguales somos los unos como los otros; pero en ser más experimentados los unos en la mar y los otros en la tierra, nos debe hacer más animosos y osados aquello en que tenemos mayor esperanza.»

Conclusiones

Tucídides plantea en la Guerra del Peloponeso un dilema estratégico al que tanto atenienses como espartanos debieron enfrentarse. Dado que las potencias marítimas solo pueden ser vencidas en la mar, y las continentales en tierra, las contiendas entre grandes estados marítimos y continentales muestran una pequeña proclividad a finalizar en una situación de punto muerto.

Por otra parte, y al referirnos a la conocida como «trampa de Tucídides», podemos afirmar que la inevitabilidad de la Guerra del Peloponeso fue un producto de las visiones subjetivas de los actores implicados, influidas de forma decisiva por las diferencias estructurales entre Atenas y Esparta y por la forma de valorar los diferentes intereses que, identificados por Tucídides, pueden ser entendidos hoy en día como los imperativos de la seguridad nacional. En esa inevitabilidad del enfrentamiento entre potencias, también interviene la forma en que un actor entiende sus intereses nacionales o el modo en el que están influidos por el entorno estratégico y por las diferencias culturales.

En suma, la Guerra del Peloponeso, como cualquier otro conflicto pasado o futuro, fue necesaria e inevitable una vez que los actores implicados no vislumbraron otra alternativa posible.